

baile, y la falta de un billete y un par de guantes los entristece, y lo hace seguir con la cabeza baja.... los mismos lacayos que están á la puerta lo compadecen ó lo burlan.... En esa posicion la vida es un martirio: el orgullo humano sufre las mil punzadas de una humillacion constante, y el corazon se lastima con los desengaños, se corrompe con la envidia.

Mi novia me habia dado la mano para levantarme hasta el cielo de las mugeres á la moda y los jóvenes calaveras; ¡pero á qué precio tan duro me hacia comprar efímeras satisfacciones!....

Narcisa solia ir á paseo con algunas de sus parientas: los novios de las otras seguian el coche corriendo en soberbios caballos ó lujosos cupées; yo, triste peon; me conformaba con seguirla con la vista, miéntras algun atolondrado casi me hollaba al pasar.

Asistiendo á la pequeña tertulia que solia formarse en su casa, todos hablaban de sus propiedades, sus paseos, sus em presas; solo yo callaba avergonzado; y apenas alcan zaba de las gentes que allí me veian las atenciones debidas al lugar y á Narcisa, pero no á mí, que nada era á su lado.

Me citaba para el teatro, y despues de verme obligado muchas veces á vender un libro, ó pedir prestado para comprar la luneta, iba á sentarme en medio de una juventud que me humillaba con sus relojes, sus guantes, su lujo y su desprecio; apenas me at revia yo á levantar la cara á su palco

para verla; temia revelar nuestro secreto, y hacerla caer en ridículo.... Cuando ella solia dirigirme alguna mirada risueña, á riesgo tal vez de ser comprendida y murmurada, se lo agradecia como el esclavo que escucha una palabra de amistad, de compasion...

Este es el tiempo en que aprende uno á hacer drogas á los sastres, á los perfumistas, al zapatero.... á todos los que tienen en sus manos nuestro orgullo, nuestro amor propio, nuestro corazon, nuestro honor.... eso que se llama honor en el mundo, y que por conservarlo ileso ante la sociedad es uno capaz de cometer una vileza en secreto. Entónces comienza á amargar la vida, á aborrecerse á los hombres que nos desprecian solo porque son mas ricos; y se elevan en el corazon, ennegrecido con la envidia y el despecho, las primeras protestas contra la Providencia.

¡Cómo me arrepentia yo de haber sido tan audaz, y cuánto me pesaba mi fortuna!....

Al fin ella tambien tenia que sufrir algo por mí: sus parientas jóvenes reprobaban su eleccion y le decian en mi ausencia mil epigramas picantes; los jóvenes que por la primera vez me veian en su casa, é ignoraban nuestra posicion, me median delante de ella con una de aquellas miradas que lastiman el alma; y despues que me habia yo ido, preguntaban—¿Quién es ese?—con aquel tono altanero del que se cree superior.... Habria valido mas que Narcisa cansada de ser el objeto del sarcasmo, me hubiera



arrojado de su casa: y no que en vez de su amante, era yo su esclavo, teniendo no solo que pagar su amor, sino que agradecerle sus sacrificios.

¿Qué esperaba ella de mí? ni fortuna, ni nombre: su nombre y su fortuna eran mas elevados que los míos: si hubiera sido su igual me habria lisonjeado la preferencia sobre otros que la pretendieran igualmente; pero mirandome tan abajo respecto de ella, no por la educacion y el alma, sino por la posicion, me desesperaba de no pagarle con otra cosa que sumision, humildad y ternura. ¿Ni cómo hubiera yo podido romper esos lazos, mostrandome desagradecido, cuando ella tambien arrostraba el menosprecio, se hacia sorda á la burla, cerraba los ojos para no ver los semblantes irónicos del vulgo aristocrático?

—¿Quién? ¿ese es su novio?—decian—Se estará divirtiendo con él.

Y mentira; no me burlaba: la veia llorar con mi desgracia; á solas me consolaba, y me retribuia con la ternura y las finezas mas exquisitas, los dolores que me costaba. ¡Y tambien en público! estando yo delante era su objeto; preferia mi brazo en todas partes; me hacia obsequios que envidiaban y reprobaban los otros; en fin, llegó á luchar con su familia.

Sospechando ó no nuestras relaciones, lo cierto es que llegaron á disgustarse de la confianza que me hacia tener en su casa, donde ella era mi único

sosten: pues siendo mimada, consentida, por ella me toleraban, me respetaban.

Despues de las primeras visitas, no se contentaba con recibirme en la sala, sino que me hacia entrar á una de las habitaciones de su esclusivo dominio.

Su tocador era un cuarto formado casi todo de vidrieras, que daban á un pequeño jardin; el adorno y el aseo revelaban á la muger fina, aristocrática; á la jó: en delicada y caprichosa. A este Sancta, Sanctorum era yo conducido las mas veces, donde despues de acabar de arreglarse el pelo, ó prenderse una flor, haciendome una monada, una coqueteria, me hacia sentar cerca de ella, muy cerca, y finjia continuar alguna labor, para darme ocasion á que le reventara una hebra, ó le escondiese algun dije; travesuras que me valian una mirada, un cariño por via de reprension.

Algunas veces, cuando mi traje estaba mas desareglado y polviento que de costumbre, ella era mi camarista; haciendome hincar contra sus rodillas me anudaba la corbata; me abotonaba el chaleco á la *façon* de los elegantes y me sacudia la levita y hasta el polvo de las botas. ¡Tanto favor!.... á mí que no podia darle mas que amor.... y pesares!....

Porque en verdad, despues de la frialdad de los primeros dias, volví á amarla: era imposible no adorarla, viendola tan sentida, tan tierna, tan generoso.... María, es decir, los misterios horribles que



habia yo descubierto en su vida, me habian comenzado á inspirar la desconfianza y el escepticismo; sin embargo hubo momentos en que me hubiera dejado morir como los antiguos mártires por Narcisa, por la fé de su amor.

Una vez estabamos reunidas ocho ó diez personas en la sala; yo estaba sentado léjos de ella, y no recuerdo si por ver algo que pasaba en la calle, ó por otro motivo nos paramos algunos: el asiento de junto á ella quedó vacío, y al volver, me llamó con una mirada á aquel asiento: yo la comprendí, pero distraido en la conversacion que sostenia con otro, me olvidé y fuí á sentarme á otro lugar. A pocos momentos se levantó Narcisa, y se entró en su recámara. Estrañé que no volviese ponto, aguardé otro rato, y al fin inquieto, porque en aquellos dias estaba algo enfermiza, busqué un pretexto y fuí á buscarla. La encontré en su recámara llorando....

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Estás enferma?

—Nada tengo: dejame.

Callé un momento, porque sus palabras me impusieron con el tono que las dijo; mas luego no pude contenerme y proseguí:

—Pero tú tienes algo.

—Sí tengo—me dijo quitandose el pañuelo de los ojos, y abrasandome con una mirada—la desesperacion!.....

—¿Pero por qué?... hace un momento estabas contenta....

—Y ahora tambien lo estoy—dijo levantandose y enjugandose las lágrimas—lo volveré á estar.... olvidandote.....

—¡A mí, Narcisa!.... ¿qué he hecho?

—¡Me lo vienes á preguntar tú!....

—Sí, yo que no creo haberte dado motivo para que te desesperes, para que me aborrezcas en un instante.

—¿Viste que te llamé á mi lado?

—Sí.

—Sí!..... y me lo confiesas!..... ah!....

—Porque es la verdad, pero.....

—Nunca saben vdes. decir la verdad á tiempo.... Miraste que te llamaba y sin embargo fuiste á sentarte mas léjos; y ahora me lo confiesas!..... para qué?..... ¿para hacerme entender que me desprecias?... ¡haces bien!....

—¡Narcisa!

—Te habrás cansado ya de sufrir por mí eso que llamas las humillaciones..... que te aseguran mi amor.....

—Una distraccion no es una culpa.

—Una distraccion que hiera es una culpa.

—Pero al fin ninguno lo ha observado.....

—¿Y qué me importaria?.....

—¿Entonces?

—¡Entonces!..... añades la ingratitud al desprecio No es por ellos, es por tí por quien lloro. ....



por tí que nocomprendes mi corazon, mis deseos, mi amor..... Te quiero siempre á mi lado para que sepan todos que te amo y que desprecio sus sátiras; que quiero partir contigo los pesares de nuestro destino, que te protejo con mi orgullo, que quiero dartelo, haciendote superior á todos esos pisaverdes que nos murmuran.

—Narcisa, no soy culpable.

—¿No?... y lo confiesas.

—Pues bien, perdoname.

—Luego tienes culpa.

—En el corazon ninguna.

—Júramelo.... Por quién lo jurarás?.... por mí.

—Por nuestra dicha!....

—¿A ver?....

Y casi risuena puso su mano en mi corazon para pulsar sus latidos.... Sintió que eran fuertes; y levantó los ojos clavandolos en los míos con una de aquellas miradas prolongadas, al principio tiernas, despues íntimas, abrasadoras, que van ensanchando las pupilas y haciéndolas saltar de las órbitas.... ciegos los dos, impelidos por una atraccion galvánica, nuestros labios se chocaron al darnos un beso, frenético, inefable.... que aun me estremece de placer al recordarlo.

Sus ojos llorosos lucian despues como los luceros que en una noche oscura reaparecen mas diáfanos, mas claros y frescos despues de una tormenta pasajera.

Si despues de una de estas escenas no hubiera creído que Narcisa me amaba ¿en qué hubiera tenido fé?....

Era la única recompensa de todos mis sufrimientos.... ¡ay! que no se agotaban.

Narcisa era invitada à grandes bailes, hermosos conciertos, partidas de campo: estos últimos eran principalmente mi martirio. Una tertulia me la robaba una noche cuando yo no podía asistir: cuando á ella le era imposible obtener un convite para mí, ó yo no podía ya encontrar un efecto que vender, un amigo que me prestase dinero para comprar un par de guantes, una corbata.... todo, porque tob o me faltaba.

Pero los paseos al campo me alejaban de ella por días enteros, y los zelos me carcomian el corazon: jamas quise envilecerme ni ofenderla manifestandolos, pero los sentia y el silencio me atormentaba.

Por fin, lo comprendió y comenzó á rehusar los convites; muchas veces la etiqueta le imponia un deber imprescindible, y sin embargo, no cedia; hasta que al fin su padre estrañando tal conducta, y comprometido tal vez algunas ocasiones, la regañaba, la hacia llorar delante de mí afeando sus caprichos. Muchas veces yo mismo la obligaba á condescender á pesar de mis zelos, y ella se dejaba vencer despues de haberme adelantado en finezas y caricias, la recompensa del sacrificio.

—¿Por qué no me acompañas?—me decia muchas



veces—¡Ah! no vayas—replicaba despues arrepentida de su imprudencia.

Mi alma se iba con ella, pero yo no la acompañaba porque ni mi nombre estaba en la lista de los convidados, ni tenia un coche, un caballo en que ir, ni cien pesos que ir á gastar en tres dias. ¡Habia yo de arrimarme á otro, como uno de esos parásitos ridículos é imprudentes, que compran una buena comida con caravanas y servicios de lacayo?... Hay cosas á que no descenderá uno jamas, aunque le fuera en ello la salvacion.

Siempre al volver me traia algun recuerdo; las mas veces una flor guardada dentro del seno, cuyo calor la tostaba.... Así seca la besaba yo, y la guardaba para ir á esconderla donde tenia yo su pelo, su retrato, su pañuelo; todas aquellas bagatelas que causan risa al que las ve á sangre fria, y que para el que está alucinado son objetos santos y preciosos que se guardan como un tesoro envidiable: sueña uno con él, y si alguno entra en nuestro cuarto y se queda mirando la cómoda donde se ocultan, desconfia y teme que aquel esté acechando, y penetre con la vista hasta el cajon que los encierra para robarnoslo despues.

Sin embargo de todo, yo tenia en el corazon una espina que con el aliento se movia y me punzaba: ¿me amará?... Yo no era mas que un estudiante sin fortuna y sin porvenir: mi mano y mi corazon era cuanto podia ofrecerle.... y mi mano bien tarde, cuando hubiera yo alcanzado un título ya

que no un caudal. Bien debia ella percibir esto: debia temer la pobreza, las privaciones á que no estaba acostumbrada; y ¿aun me guardaba su amor y lo atizaba constantemente?

Pobre muger—decia yo—ni aun tengo bastante amor para pagarle: no sé de qué manera le manifestaria mi agradecimiento. Su amor no es egoista no es un afecto de aquellos que se mantienen por le placer que nos causa, sino por el que causamos á los otros.... demasiado sufre por mí, para que pueda acusarla de egoista ó interesada....

Al fin llegué á tener remordimientos de precipitarla, de hacerle cumplir un compromiso que si hoy era espontáneo, mañana podia pesarle y sostenerlo solo por no mostrarse débil ó inconsecuente.

—Narcisa, tú debes estar segura de que te amo.

—¿Y bien?

—Nuestros amores deben tener un fin, un objeto; no podemos toda la vida estar en esta situacion difícil, penosa y tal vez estéril de goces para tí, para mí mismo.

—No te entiendo.

—Digo que amarnos en la imposibilidad de unirnos, es un martirio sin esperanzas. Nos hemos jurado una fidelidad eterna, ¿pero hemos de vivir siempre escondiendonos del mundo ó desafiando su ironía?

—No, ciertamente no.

—Ya lo sé... Créo que tú me amas; aunque no me amaras, te juzgo capaz de engañarme, de sa-



crificarte á mi felicidad por no matarme con un engaño. Mi dicha seria poserte al fin, sin temores, ni inquietud; pero yo no tengo ni fortuna, ni esperanzas: mi corazon es cuanto poseo; no sé otra cosa que estudiar y amarte. Con esto no te puedo dar una posicion, la posicion que necesitas. Arrastrarte á la miseria, para llorar despues nuestra locure, seria un crimen... Y en fin, ¿cuanto tiempo tenemos que esperar para que llegue esa dicha que debe durarnos por un momento?... Dos años, cinco, veinte tal vez y al cabo de ellos la desesperacion de verte mi esclava en el hogar, mi víctima en el mundo... Yo te amo, te amo hasta preferir tu dicha, y en mis brazos no puedes hallarla... te quiero ver feliz, y morir de tristeza sin poserte; este es mi deber á lo ménos...

—¿Pero qué significa todo eso, Gabriel?

Significa que yo tengo un juramento tuyo, y te lo devuelvo. Para los amantes basta el amor; mas para el matrimonio...

—Es decir...

—Que eres libre; que si me amas no debes escusarme el sacrificio de mi amor propio contigo misma, á cuyos ojos me envileceria si te encubriera mi porvenir... Es decir que quiero que me olvides; que te abandono, para seguir yo solo la suerte miserable que me tocó en el mundo.

—Lo que veo es que te has cansado ya de mí.

—Sí; estoy cansado de desvelarme pensando en tu suerte; de llamar al diablo y vendermele por uno de

esos tesoros ocultos dentro de la tierra, que han hecho la felicidad de un personaje de novela... Miserable y orgulloso, no tengo mas porvenir que la oscuridad y la pobreza... la desgracia...

—¿La desgracia á mi lado!..

—Seria el paraíso, pero comprado con tu infierno.

—Piensas que no te amo?

—Si no lo creyera sufriria ménos.

—¿Por qué entónces, me juzgas infeliz á tu lado, si tú hallas el paraíso junto á mí?

—¿Pero la pobreza?

—¿Será tal que nos muramos de hambre? Nuestro amor nos dará á tí inteligencia, á mí contento. Al cabo, ¿qué perderia dejando mi casa? ¿qué podria hacerme falta? Las comodidades?... tambien se hallan en una habitacion humilde, dirigida con la economia: el brillo?... valen mas los goces del corazon: y apartados de la bulla del mundo por nuestra posicion, no tendremos que sufrir las miradas insultantes de ahora...

—Narcisa, esas son ilusiones que se disipan el primer dia que se nubla la luna de miel.

—Eres mas débil que yo: no sabes afrontar el destino, tienes miedo de luchar, cuando el precio es mi posesion.

—¡Ah!.... ¡Narcisa!....

—Si son ilusiones, gocemoslas: despues llegará la desesperacion.... si llega: pero entónces ya tendremos los recuerdos. Ahora que aun somos feli-



ces, dejomonos llevar del destino sin amagar nuestra dicha presente; que si despues hemos de llorar, seria imprudencia amargar los goces que aun nos quedan. Porque en fin, tú me abandonarás, pero yo te seguiré mientras me ames; mientras me crea yo digna de mantener en tu pecho un resto de amor.

—¿Quiéres deshonrarme, perderme?

—Me perderé contigo....

—¿Me enloqueces, muger!....

—¿Te adoro!....

Yo habia leido ya algunas de esas novelas llenas de escepticismo, que analizando el corazon de los demas le desgarran á uno el suyo, descubriendole la podredumbre que encierra en sus dobleces: algo de su veneno habian filtrado ya en mi alma, poco accesible y desconfiada por naturaleza; pero Narcisa me reconciliaba con el mundo, y maldecia á esos escritores que parecen complacerse en atormentar á la humanidad sembrando la duda.... Me ama, me ama—decia yo—y me dormia pensando en su amor, y lo soñaba despues. ¿Desconfiar de ella! ¿por qué? Si hubiera sido rico la habria podido suponer interesante; pero en mi situacion que ella no desconocia, me era imposible hallar un motivo que me revelase un principio, un vislumbre de egoismo.

—¿Y nuestra prima Faustina? Siempre fiel, siempre buena amiga, riendose algunas veces á mi costa; pero dandome buenos consejos y prestandome buenos servicios. Solo una traicion no le perdono.

Habia estrenado un frac, y el primer dia estaba yo como todos los que no tienen costumbre de sobreponerse á un acontecimiento despreciable cuando se hace habitual, pero que preocupa al que apenas le sucede una vez cada año: ese dia perdí mi aplomo; estaba encogido y avergonzado, á pesar de la vanidad que me deslumbraba hasta creerme igual á Narcisa, superior á mí mismo.... ¡por el vestido!..

Estabamos solos Faustina y yo en su sala; donde al recibirme habia celebrado mi gallardía y el talento de mi sastre. ¡Imbécil!.. que se lo agradecí de buena fé: tanto, que habiendome dejado solo un momento, lo aproveché para ponerme delante de un espejo, donde me ví de frente y de perfil, ensayé algunos movimientos y me compuse la corbata... La maligna parienta me habia visto y deteniendose detras de las cortinas de la puerta, me habia estado observando á su sabor, hasta que al volverme á mi asiento, temiendo que volviese, la ví que iba á reventar de risa... Si me hubiera sorprendido robando me habria causado ménos vergüenza y ménos ira... Aun me dura ese rencor, que me ha enseñado á cauto y circunspecto hasta conmigo mismo; porque se tiene valor para descender al corazon y mirar á sangre fria, estudiar y analizar sus crímenes; pero sus flaquezas, sus debilidades, hacen volver los ojos á otra parte, causan rubor al alma y producen mas cesasperacion que los remordimientos.

En compensacion le debí un favor, uno de aque-



llos favores que obligan para toda la vida, que avergüenzan mas que consuelan, y que sin embargo se aceptan, porque el ofrecimiento basta para producir todas las consecuencias.

Faustina habia presenciado las instancias de Narcisa para que asistiese yo á una fiesta que se preparaba, y que siendo una de las pocas accesibles moralmente para mí, debiamos aprovecharla para pasar juntos el tiempo, y hacernos mayor el placer con nuestra presencia. A pesar de todo, yo me habia negado; la misma Faustina me habia instado muchas veces, y yo permanecia inflexible.

—Alguna causa debe vd. tener—me decia.

—Alguna debo tener en efecto, que si no, seria un imbécil en rehusarme.

—¿Pero cual es?

—Eso á mí solo me toca saberlo.

—¿Ni á su amiga se lo dirá vd.?

—Ni á mi confesor.

—Está bien.

—¿Se enoja vd.?

—No: solo siento haberme engañado, creyendo que tenia su confiarza.

Ella sabia bien el motivo, lo adivinaba y careciendo de aquella delicadeza que sabe respetar la desgracia de los otros queria arrancarme una confesion que equivalia á una súplica. Pero sin embargo de mi silencio ofensivo hasta cierto punto para ella, y que la libraba de toda obligacion de amistad, pensaba en mí, y tal vez discurria los medios de li-

bertarme del compromiso, de proporcionarme una satisfaccion, cuya pérdida me entristecia de antemano. Ella ignoraba seguramente el origen de la dificultad, el obstáculo especial que me impedia lograr un goce que deseaba, pero á no dudarlo consistia en dinero, y se resolvió á darmelo, á hacerme aceptarlo.

—Vd. se acuerda que alguna vez he sido amiga de su padre—me dijo despues de algunos dias, y sin haberme hablado mas de aquella fiesta.

—Sí—le respondí.

—Y de que no siempre he estado en la posicion que hoy.

—Es verdad.

—Entónces le debí todo; dinero, aprecio y amistad.

—¿Y para qué hablamos de eso?

—Porque el otra dia registraba casualmente algunos papeles, y me encontré un apunte de dinero, que aun no le he pagado.

—Pero creo que nadie lo cobra.

—Y sin embargo yo no he de quedarme con él.

—Vd. dispone de lo suyo; pero yo nada tengo que ver en ello.

¡Oh! yo sabia ya lo que aquello significaba, y me hacia violencia para disimular mi humillacion.

—Es que yo no sé á quien entregarlo: su papá de Vd. no está en Madrid.

—Pero vendrá.



—Cuando yo no pueda tal vez disponer de esa cantidad.

—No importa..... En fin, si quiere vd. hacerme una gracia dejemos eso.

—Dejemoslo; en vd. consiste. Guarde vd. ese dinero que le pertenece y olvidemoslo de una vez.

Al decir esto me ponía en las manos cinco onzas que ví como si hubieran sido cinco escorpiones. Por un impulso involuntario retrocedí, quedandome con los ojos fijos en la alfombra.

—¿No las toma vd.?—me preguntó enfadada.

—No—contesté desesperado.

Cambiando entónces de semblante y de tono:

—Venga vd. acá, Gabriel—me dijo, y tomó mi brazo haciendome pasear á lo largo de la sala —¿Cre vd. que le debo este dinero ó que se lo regalo?

—Veo que me da vd. una limosna.

—Entre amigos se cumple con un deber; nada mas.

—El mio es morir, ántes que envilecerme.

—Tiene vd. mas orgullo que amor.

—Tal vez.

—¿Es un sacrificio?.... por Narcisa lo haria vd. todo.

—Méno esto.

—El amor no tiene escepciones.... Y no quiero fingir mas: quiero obligar á vd. con mi franqueza. Nada le debo á su padre; este dinero quiero prestarselo, regalarselo, porque vd. para ir á esa concurrencia necesita dinero.... á un hombre se lo habria vd. pedido ¿no es verdad? de mí lo rehusa

solo porque soy muger!.... ¿merezo ménos que ellos? ¿dejo de ser su amiga porque no puedo tenderle la mano en la calle ni hablarle con cierta libertad?

—Sí; todo es verdad, pero no acepto.

—¿Seria vd. tan necio?.... al cabo el secreto de vd. está descubierto; y el rubor de que lo haya yo sorprendido no puede escusarlo: ahora, reciba vd. ó no esta pequeña cantidad, quedamos ya en la misma situacion.... aún peor; vd. queda con lo que llamará su vergüenza, yo con mi desaire.

—Sin embargo....

—Como vd. quiera.... Narcisa quiere verlo en ese baile, y seria peor que ella le hiciese el ofrecimiento á mi nombre....

—¿Ella sabe?....

—No; ahora no; pero....

—¿Recibirá vd. el pago cuando pueda hacerlo?

—Sí, todo.... tomelo vd. y ponga las condiciones.

Me dejó un momento, y la ví volver ya sin el dinero en la mano.

Una vez hecho el sacrificio, temí que se fuese á olvidar, y sin embargo, no podia preguntarle ni hacerle una insinuacion.... fué otro rato de martirio hasta que me despedí. Afortunadamente tuve bastante discrecion para no darle las gracias, con que pudiera entender que se lo recordaba, y al ver que me dejaba ir sin darme nada, casi creí que era un chasco, una prueba de aquellas que no ha sabido uno sostener por demasiado candor.



Al tomar mi sombrero que habia dejado en la pieza de afuera lo sentí pesado; dentro estaba un pañuelo, dentro del pañuelo las cinco onzas...

A este precio se compran los placeres del mundo.... Se escuchan con los ojos bajos las groserías, las injurias de un acreedor cruel, y luego marcha uno por la ciudad con la frente erguida y los labios risueños, ostentando un traje que no se ha pagado todavía, y que apenas encubre los pesares que se llevan en el corazón.

Después me hubieran visto cometer una bajeza por Faustina, servirle por agradecimiento como un criado, y hubieran dicho, conociendo mi secreto—¡Se vendió por cinco onzas!....

Así pasamos un año, un año de delicias inefables, de dulcísimas penas, que pasó como un soplo, como un relámpago lucido, que nos alumbraba el mundo lleno de flores brillantes y perfumadas.

Por fin, el destino determinó separarnos; y por mas que procuré ocultarle á Narcisa nuestra próxima desgracia, llegó un momento en que fué preciso decirselo, para que no lo creyera una tracción.

—¿Y es indispensable que dejes á Madrid?

—Sí.

—¿Por cuanto tiempo?

—No lo sé.... pero ántes de un año....

—¡Un año!.... es la vida.

—¡La muerte separado de tí! ... y sin embargo, es necesario....

—¿Por qué?

—No me lo preguntes.

—¿Es un secreto?

—Es tu amor el que me lleva.

—¿Vas á buscar fortuna?

—Tal vez....

—¡Ah! no; entónces quedate; mejor te quiero á mi lado.

—Es imposible. Me voy y volveré en cuanto el cielo me lo permita.... volveré para no volvernos á separar.... Entre tanto, quedas libre.

—No; ni tú tampoco. Nuestro juramento es indisoluble, y aunque sea tarde lo cumpliremos.

Estos fueron los preliminares de nuestra despedida, que me puso en un nuevo compromiso.

Ella me habia dado su retrato, yo queria dejarle el mio, y aun algunas insinuaciones me hizo; insinuaciones nada mas, porque percibia bien mi situacion, y tenia la delicadeza de no querer comprometerme.

Ví á un retratista de fama, y me pidió cuatro onzas; ví á otro ménos bueno y me pidió dos; ademas, el relicario debia valer algo, y yo estaba indigente, desesperado. Recurrí entónces al génio de mis amigos para hallar un espediente en sus consejos.

—Hombre--me dijo uno acaso con sobrada malicia-- una litografia no cuesta tanto: hazte litografiar,



mandas tirar quinientos ejemplares, y tienes no solo para Narcisa, sino para hacer circular tu efigie por todo Madrid.

— ¡Vaya! . . . —le respondí ofendido de la burla.

Pero por mas que me parecia ridículo aquel único medio, muchos momentos vacilaba sobre su ejecucion, y llegué hasta ver á un pintorcillo, un litografador de santos. Diez pesos solo me costaba la tirada de 200 ejemplares: diez pesos podria adquirirlos. . . . recortaba yo una de las estampas en un ovalito muy pequeño, y lo metia en su cuadro. . . . Si era posible compraba una cajita de panecillos de colores, y yo mismo lo iluminaba: ¿luego habia de conocer que era una litografia?

A punto estuve de realizar tan peregrino disparate de que me rio hoy y de que me ví libre por una determinacion providencial.

En estas circunstancias es en las que se encuentra el dramatismo cómico de la vida; en las que se estudia el corazon humano; en las que se descubren los secretos pequeños pero interesantes que muchas veces determinan del resto de la existencia: una de estas debilidades en que triunfa de la razon el alucinamiento, y del amor propio, del honor bien entendido la vanidad, lo matan á uno moralmente para el mundo, para una persona sola en quien está concentrado todo el porvenir.

Vale mas en esos casos la franca resignacion, que un esfuerzo inútil que lo precipita á uno mas abajo de donde ántes estaba. En fin, Dios me libró de

aquella colegialada, y se lo agradezco: aún puedo ver sin ruborizarme à esa muger, que siquiera tendrá un motivo ménos de reirse de mí cuando me encuentre en el mundo.

En vez de contar mi despedida de Narcisa, que como todos supondrán fué tierna y sentimental hasta por demas, puiero recordar á Angela un momento, y dar una idea de la escena última con sus antecedentes.